

JESÚS MONCADA, UN CONTADOR DE

Teresa Gamarra, Ewa Włodarczyk y M^a Victoria Benito
Fotos: Rosa Pérez

Jesús Moncada (Mequinenza, 1941) es un escritor muy vinculado a su lugar de nacimiento, aunque sus estudios de Bachillerato y Magisterio los realizó en Zaragoza y desde hace muchos años vive en Barcelona.

En la mayor parte de las historias que ha escrito su pueblo aparece con vida propia: un puerto de río navegable, con minas de lignito, en el que se habla catalán y anegado por las aguas del pantano de Mequinenza. Sus personajes forman parte de ese paisaje peculiar en el que marineros, agricultores y mineros se mezclan y viven gracias a la palabra trabajada del autor, escrita y reescrita muchas veces, hasta conseguir decir lo que se quiere decir.

Nos visitó el día cinco de abril de 2004: tuvo un encuentro con alumnos de Bachillerato en el I.E.S. Pablo Serrano dentro del Programa "Invitación a la lectura" y, por la tarde, asistió como invitado a una sesión del Grupo de Lectura de la Biblioteca de Andorra. Muy amable y cordial, contestó a nuestras preguntas.

Usted es un escritor de origen aragonés que escribe en catalán. Y esto, por lo visto, no siempre resulta tan sencillo de entender, de ahí anécdotas como la de quien, sabiendo que usted escribe en catalán por ser su lengua materna y que ha nacido en Mequinenza, llega a la "lógica" conclusión de que Mequinenza es una localidad de Cataluña, y así lo ha hecho constar en algún escrito. O la incompreensión de quien desde un nacionalismo simplista no entiende que habiendo nacido en Aragón y conociendo el castellano no lo prefiera al catalán. ¿Por qué esa tan frecuente identificación entre fronteras políticas y lingüísticas?

A menudo las líneas administrativas de separación no coinciden en absoluto con lo que podríamos llamar, por decirlo de alguna manera, zonas culturales o de un determinado estilo de vida y me parece absurdo que por el hecho de que una línea pase por un sitio determinado ya por definición todo el que está a un lado o al otro de esa línea tenga que seguir unas pautas de vida, de lenguaje o de costumbres que no corresponden a su propio origen. Quiero decir con esto que la población de la Franja es una población de lengua catalana o de costumbres catalanas, pero que eso no tiene que estar en contradicción en ningún momento con el hecho de que administrativamente pertenezca a otra comunidad que no es la que por su lenguaje le correspondería. Yo creo que eso enriquece más que separa; ahora, si hay alguien empeñado en que esto separe, qué le vamos a hacer, es algo absolutamente inevitable.

Decía Tabucchi que "la memoria evoca lo vivido, es precisa, exacta, implacable, pero no produce nada nuevo: ése es su límite. La imaginación, en cambio, no puede evocar nada, porque no puede recordar y ése es su límite; pero en compensación produce algo nuevo, una cosa que antes no existía, que nunca había existido"

En la obra de Jesús Moncada estas dos facultades no se excluyen, se complementan para crear unas historias ancladas en la realidad, pero contadas, como no puede ser de otra forma en literatura, desde la fabulación. ¿Es esa fusión de memoria e imaginación una de las claves principales de su narrativa?

Yo creo que sí, porque mi obra por una parte está enraizada de una manera clara en la realidad que me ha tocado vivir: en la realidad



HISTORIAS

mequinezana, la del río, la de la navegación... Pero siempre he dicho que lo que yo hago es obra de ficción, eso quiere decir transformar esa realidad en algo que a veces no tiene nada que ver con ella, sino que es una obra de creación en la que se utilizan esos elementos a los que se refiere Tabucchi cuando habla de memoria, pero combinados de una manera que producen algo nuevo.

Mequinenza es el espacio en el que transcurre casi toda su narrativa, es un lugar real, pero parece, al mismo tiempo, un lugar mítico, por lo que algunos críticos lo han relacionado con Macondo. Quizás a ello contribuye la navegación fluvial, el nombre tan musical de las embarcaciones, laúdes, la mina y la llegada de inmigrantes que conmocionaron al pueblo. Más allá de las interpretaciones, ¿qué es para usted Mequinenza?

En primer lugar para mí Mequinenza son mis raíces, yo nací allí, me crié allí y es aquello que decía alguien de que “cuando eres un niño vives y cuando eres adulto sobrevives” y toda esa vida mía que transcurrió en Mequinenza, y que en buena parte todavía transcurre a través de mi familia, es la base hasta ahora de toda mi creación literaria. Por otra parte quiero decir que Mequinenza no tiene nada que ver con Macondo, aunque algún crítico de esos cómodos —que luego es plagiado por otros críticos todavía más cómodos— repite esa tontería, porque no hay nada en la Mequinenza de mis libros, ni en mis libros, del realismo mágico de la obra de García Márquez, con todo mi respeto por García Márquez. Obviamente yo no soy un escritor nacido por generación espontánea, sobre mí pesa toda una tradición literaria, pero no es la misma que pesa sobre él.

Sin embargo, que allí, prácticamente en medio de los Monegros, haya un puerto es casi como de realismo mágico.

Pero eso ya no es un invento mío. Es justamente aquello que se dice de que la realidad supera la ficción: un puerto fluvial en mitad del Ebro y con una población insólita respecto a su entorno. En eso intervienen muchos factores: el principal es que era una vía de

comunicación importantísima que permitía subir desde el mar hasta la confluencia con el Segre y allí bifurcarse hacia el Pirineo o seguir hacia Zaragoza. A eso hay que añadir la aparición a mediados del siglo XIX de la explotación del lignito, lo que es definitivo en la conformación de una manera de pensar que hace a Mequinenza diferente de cuanto le rodea. Es decir, el lignito hace que en una zona tradicionalmente agraria aparezca el proletariado, una clase social que no es típica de la zona y que por una parte distorsiona, pero por otra enriquece y provoca la lucha de clases, que en Mequinenza llegó a ser muy importante y que además no cesó nunca, ni siquiera durante el franquismo. Eso sí que cambia completamente el panorama social mequinezano.

Aunque usted elige unos lugares y unas gentes perfectamente reconocibles en sus narraciones, no se limita a hacer con ellos una literatura de interés meramente localista, sino que consigue trascender esos tipos y escenarios para hacer una literatura próxima, pero universal al mismo tiempo. ¿Eso explicaría que su obra haya sido traducida a unos quince idiomas, entre ellos el vietnamita?

Nunca he pretendido (es más, lo he evitado de una manera consciente) hacer literatura localista, eso no me interesa absolutamente para nada. Y, sin embargo, no me esperaba la proyección internacional de mi primera novela.

Cuando acabé la novela *Camí de sirga* la llevé al editor, el editor me dijo que le gustaba, la publicó, salieron buenas críticas, yo pensé que había escrito un libro digno y ya está. Se agotó la primera edición en pocas semanas y el editor me dijo que había que celebrar una comida por el éxito que estaba teniendo la novela y yo, que no me entusiasmo mucho con este tipo de cosas, le fui dando largas diciéndole que ya lo celebraríamos cuando hiciera la décima edición... y llegó la décima edición y tuve que ir a comer con él.

La traducción al castellano no me extrañó demasiado. Cuando los franceses quisieron traducirla pensé que sería alguna editorial inte-



resada por aquello de la Cataluña francesa; pero no, eran los de París, Y cada vez que el editor me llama para decirme que hay una nueva traducción yo sigo sorprendiéndome muchísimo, y no es ninguna pose.

Imagino que debe de ser porque los sentimientos de cualquier persona cuando la población donde ha vivido, donde ha nacido, desaparece bajo las aguas y se encuentra ante una situación de futuro absolutamente incierta, incluso negra, son los mismos en un japonés o en un vietnamita, que, por cierto, es la traducción más misteriosa para mí de todas las que han hecho de *Camí de sirga*. Me pidieron que les cediera gratis los derechos de autor porque eran un país muy pobre, yo accedí. Un día me enviaron tres ejemplares del libro y ya no supimos nunca nada más, así que guardo mi ejemplar vietnamita como un auténtico tesoro, porque es la única justificación que tengo de que ha existido esa traducción.

Usted no sólo ha sido traducido en múltiples ocasiones, sino que a su vez es traductor habitual. ¿De qué lenguas traduce? ¿Está especializado en algún autor o en alguna época concreta de la literatura?

Yo traduzco habitualmente del francés, del inglés y del italiano, pero no estoy especializado en nada; en traducción soy simplemente un *free lance* al que generalmente el editor que ha publicado mis libros, y que está al tanto de mis ingresos porque es el que me paga los derechos de autor, ofrece algún trabajo que, por otra parte, no suelo rechazar.

Por lo que se deduce de su respuesta ni la escritura ni la traducción de tantos idiomas supone hacerse rico.

No. Significa ser pobre en muchos idiomas y esto no lo digo como un lamento ni mucho menos. Mi nivel de inteligencia no es excepcional, es normalito, pero me llega para darme cuenta de que cuando uno decide ser escritor y, encima, escritor en catalán lo que no se puede es esperar que tus ingresos anuales sean espléndidos ni mucho menos, pero tampoco es motivo para hacerse el mártir.

¿Por qué, si conoce tan bien el oficio, no es usted su propio traductor al castellano?

Porque eso implicaría inevitablemente reescribir de nuevo el libro. Incluso cuando solamente reviso las traducciones que hacen de mis libros tengo que contenerme para no modificarlo, pero pienso que yo cuando escribí aquello lo di por bueno y así se queda. Éste es un tema espinoso porque hay autores que se pasan la vida corrigiendo sus propias obras y, aunque sea muy legítimo, creo que si se escribió una obra a los veinticinco años y se dio por buena, rees-

cribirla con sesenta años, cuando evidentemente la manera de entender la vida y de escribir ha cambiado mucho, sería una traición a uno mismo y al lector.

En sus novelas y cuentos aparecen rasgos constantes como el humor, deslenguado e irreverente pero lleno de ternura, que encontramos especialmente en las tertulias de los distintos cafés de su pueblo. ¿En qué medida forman parte esas opiniones de su visión del mundo?

No es lícito identificar lo que piensan mis personajes con lo que yo pienso del mundo, mi opinión del mundo. El otro día en un coloquio hubo alguien que dijo una perfecta estupidez (no se lo dije con estas palabras pero se lo dije) cuando afirmó que en *Memoria estremecida* se justifica el asesinato del recaudador de contribuciones porque hay un personaje que dice "un ladrón menos". Pero eso lo dice un personaje y yo como autor no hago más que recoger la opinión de uno de mis personajes.

Hecha esta salvedad, lógicamente hay que reconocer que en mis personajes hay mucho de mí, aunque no hay ningún personaje en ninguno de mis libros que sea enteramente yo.

Respecto a la importancia de los cafés es que eran el ágora griega. En el Mediterráneo vivimos así, en la calle, en espacios abiertos donde se comenta absolutamente todo, especialmente en una época en la que no existía la televisión o era todavía muy incipiente, en que la prensa llegaba a un determinado sector de la población y en la que además no todo el mundo sabía leer. El café era el

lugar donde se comentaba todo de viva voz. Recuerdo una historia muy divertida: cuando se envió el primer cohete a la Luna, hubo una discusión sobre el tiempo que tardaría en llegar el cohete y que, a poco que se descuidaran, puesto que la Luna ya estaba en cuarto menguante, no la iban a encontrar y el cohete se escaparía. Los tertulianos de los cafés son una fuente de inspiración constante.

En alguna ocasión ha dicho que la literatura es un 1% de inspiración y un 99% de transpiración. Suponemos que ésa es la razón de que sea un autor sin prisa, no demasiado prolífico. ¿Se demora mucho tiempo en la primera redacción o es que vuelve una y otra vez sobre lo ya escrito para pulirlo? ¿Cuándo da por acabada esta tarea finalmente?

Me parece que era Ionesco quien decía una frase que yo he hecho siempre mía: "Soy de una espontaneidad muy trabajada." Yo trabajo mucho mis textos y las frases que aparentemente son las más sencillas o las más fáciles, ésas son las que han costado a veces horas de trabajo. Como decía Conrad: "Me he pasado toda una mañana para poner una coma y a la hora de comer la he vuelto a quitar."

Cuando digo que *Memoria estremecida* la reescribí trece veces, no es una manera retórica de decir que la trabajé mucho, sino sencillamente que la reescribí todo ese montón de veces. Es un proceso crítico, a veces demasiado severo, pero es mi forma de trabajar, soy incapaz de hacerlo de otra manera. Cada historia necesita una manera precisa y específica de ser explicada y sólo doy por acabada la tarea cuando creo que ya he dicho todo lo que podía decir y de la manera que yo creía que debía decirlo.

Está claro que tiene una manera de escribir muy libre, muy suya, en la que decide sus propios límites y plazos, sin que ningún editor se los imponga.

Esa batalla yo la gané muy al principio. Cuando tras el éxito de *Camino de sirga* el editor me insinuó que sería muy conveniente una nueva obra, yo dejé claro que la conveniencia del editor y la mía no coincidían: la mía era escribir lo que yo quisiera y cuando yo quisiera y precisamente para evitar estar supeditado a un editor procuraba ganarme la vida con las traducciones y no con mis libros. Eso lo dejé claro desde entonces y a los sesenta y dos años ya no voy a cambiar.

Nos ha llamado la atención el protagonismo coral de sus novelas y especialmente la descripción de un mundo femenino en *Memoria estremecida* lleno de dolor por acciones de otros que ellas sufren. ¿Por qué?

No puedo pensar ninguna de mis novelas con un personaje único que viva en una especie de torre de marfil aislada. Yo siempre he entendido mis novelas como una parte de todo un mundo colectivo que influye sobre los protagonistas y los personajes y evidentemente al hablar de la destrucción de toda una población como Mequinenza el personaje tenía que ser representativo de toda la población y no ceñirlo a una única visión que por fuerza tenía que resultar limitada: hay grandes burgueses, hay navegantes, hay mineros, hay asesinos..., todo lo que puede configurar una población tan rica como era aquella.

En cuanto a la segunda parte de la pregunta, cuando yo me puse a trabajar sobre el manuscrito del escribano de Caspe que recoge los hechos reales en que está basada la novela comprobé que solamente hablaba de los bandoleros, pero no mencionaba ni a las familias de los bandoleros ni a las de las víctimas y yo pensé que, como novelista, tenía que inventar ese mundo del que no tenía ningún dato. No hace falta que os diga que me siento mucho más cómodo explicando cómo puede ser un personaje masculino, toda mi inquietud era dar una visión del mundo de la mujer lo más auténtica posible, lo hice con mucho cuidado y sobre todo con mucho miedo. Al parecer la cosa salió bastante bien, pues en la traducción al francés de esta obra las mujeres del jurado del premio Fémina de Francia la eligieron y pasó dos rondas, que para un autor perfectamente desconocido no está nada mal.

Es usted un autor cuya obra publicada mantiene unos niveles de venta constantes a lo largo del tiempo. Cuenta con unos lectores fieles que no le olvidan mientras esperan la aparición de un nuevo libro. ¿Está trabajando actualmente en algún proyecto del que pueda comentarnos algo?

Es cierto que mis libros se venden de una manera constante, regular. Una multinacional compró hace unos meses mi editorial de toda la vida. El nuevo propietario no entendía mi forma de publicar y prefería el best-seller. Eso a mí no me interesaba y me fui. La prueba de que él estaba equivocado es que la aparición en mi nueva editorial de una reedición de *Camí de sirga* y la recuperación del resto de mis novelas ha sido una pequeña revolución en el mundo literario catalán. Como escritor esta fidelidad de los lectores la verdad es que me conmueve y les estoy muy agradecido.

Ahora estoy trabajando en una novela que no transcurre en Mequinenza, transcurre en Barcelona, en un mundo editorial ya desaparecido y que yo conocí porque trabajé en él. Lo que pasa es que para no romper con Mequinenza dos de los personajes que aparecen en el libro son mequinenzanos. ¿Qué casualidad, no? 🐻



Cocodrilo titular del Ebro
(dibujo de Jesús Moncada)

CON UN FUERTE
ABRAZO



Obra literaria traducida al castellano

Narrativa breve:

El Café de la Rana (1983) e *Historias de la mano izquierda* (1996), ambas editadas por la editorial Xordica.

Novela:

Camino de sirga (1989), *La galería de las estatuas* (1993) y *Memoria estremecida* (1996), todas ellas editadas en Anagrama.

Premios y distinciones honoríficas

En la relación de premios que le han sido otorgados figuran algunos tan prestigiosos como el Ciudad de Barcelona y el Premio Nacional de la Crítica, ambos en el año 1989 por su obra *Camino de sirga*, o el Premio de los Escritores Catalanes en 2001. Y su labor literaria ha sido distinguida con la Medalla de Santa Isabel de Portugal de la Diputación de Zaragoza y la Cruz de San Jorge de la Generalitat de Cataluña.